



CENTRO DE CULTURA CONTEMPORÁNEA
CONDEDUQUE

Pregón para ver a los mellizos (que vienen de un tablao de Japón)

29, 30 de abril y 1 de mayo de 2021

Quiero escribir un cartel – a modo de los antiguos en las corridas de toros – donde se anuncie lo que hoy vais a ver. Intentaré no desvelar demasiado, o no pasarme con tecnicismos. Me dice Niño de Elche que esto no es una pieza, que antes que eso, es un *despiece*, y sobre todo un espectáculo. Me insiste en esa palabra. Por eso creo que empezaría así:

«En la primavera madrileña (d.m.) del 29 y 30 de abril, y del 1 de mayo (si el tiempo no lo impide), bailarán el torerillo Israel Galván y el cantaor Niño de Elche en el Conde Duque, con cacharros, cachivaches y máquinas en escena».

Me gustaría agarrar la alegría y la vocación (en el sentido de “llamada”) de los pregones, o de algunos textos que anunciaban las actuaciones en los tablaos:

«En la venta el Caparrós,

A media legua de Lebrija

A nueve días de Julio

De mil setecientos ochenta y un años.

Danzas de la autora

Andrea la del Pescado.

Mojigangas de El Caracol

Zarabanda.

Cuatro parejas de hombres y mujeres».

(1781)¹

O esta otra fiesta:

«Año 1742. La gente iba a la Gitanería para distraer el ocio con la cuadrilla de La Jimena, que prepara la danza del cascabel gordo, en la que iban doce gitanas mozas” (Libro de la Gitanería de Triana²)».

Quizá podría salir a la estatua de Clara Campoamor, delante del Centro Conde Duque, y hacer un pregón como los que hacía Gabriel Macandé, cantaor errante que repartía caramelos y los envolvía con cromos de toreros de la época: Belmonte, Pastor, Gaona... Cantar, por ejemplo:

«A la salida de Conde Duque

A la entrada del cuartel,

Fabrico yo mis caramelos,

Para venderlos a granel.

Si los quieres de menta,

Te los doy con limoná,

Los tengo del Niño,

Los tengo de Galván.»

O sencillamente gritar: «¡Venid a ver a los mellizos!».

Se llaman así, pero son tan distintos: Israel, un latiguillo capaz de “bailar el tren”, como Escudero; Niño de Elche: un Silverio de voz rotunda y devenir más lento. ¿Cómo empezaron estos hermanos a preparar este espectáculo? En un tablao de Japón (aquí voy a dejar la resonancia algo *exotizante* a propósito). He intentado imaginarme ese sitio, pero casi prefiero no saber cuál es para mantener el misterio. Israel Galván fue allí a bailar, e invitó a Niño de Elche a que lo acompañara. No hicieron falta ensayos ni demasiada partitura coreográfica. Se dejaron llevar por lo que han probado otras veces, a partir de las ganas de experimentar con la voz y el cuerpo del otro.

¹ Extraído de Ortiz Nuevo, J.L: *Alegato contra la pureza*, Barataria, 2010, p. 31.

² Ortiz Nuevo, J.L: *Íbidem*, p. 24.

Los vimos juntos en *La Fiesta* (2018) y en el aniversario de *Arena* (2018) en La Maestranza de Sevilla. Ambos trabajan desde lo que llamamos flamenco contemporáneo, que no es más que el flamenco (antiguo o actual) que reflexiona sobre el imaginario heredado, lo heterodoxo y lo radical; es decir, lo que tiene que ver con la raíz. En este sentido tengo que citar a Bergamín – aunque creo que a él no le gustaría que se le incluyera en un pregón, a modo de Don Tancredo subido en el pedestal –. Pero es que yo todavía no he encontrado una definición que mejor explique la dinámica de ciertas figuras de la historia del flamenco: «buscar las raíces es una forma subterránea del aéreo irse por las ramas», decía. En esa otra arboleda – más allá de la que todos conocemos de compases y palos – hay figuras que han deambulado, que han ido de rama en rama.

Pienso en el Bizco Amate, cantaor sevillano y vagabundo con un ojo de cristal que cantaba fandangos a cambio de monedas. También en el ya citado Macandé o en la bailaora malagueña La Cuenca, bailando vestida de torero a finales del s. XIX. Sus lances se anunciaban entre pequeños zapateaos y *soleás* en los pequeños teatros. O en el pasear de Manuel de Paula por Lebrija en plena Transición, entre el miedo de la represalia franquista y la resistencia política. Puedo nombrar muchas otras figuras que más que cantar o bailar, *caminaban*. Porque el flamenco es y no es muchas cosas. Pero sí tengo claro que es movimiento: frente a la historia oficial está la pequeña historia del gesto, de los pequeños desplazamientos que buscaban un sitio donde hacer una llamada y un remate. El flamenco siempre tiene esa intención de invocar, como este pregón.

Aun así, es difícil trazar una sola genealogía de un organismo vivo. Como estos dos hermanos: nacidos de distintos padres y madres, pero dentro de una misma familia elegida. En fin, aquí venimos a ver un espectáculo, un ESPECTÁCULO, con cacharros, sonido, dos cuerpos.

Salgo a la plaza y digo: «¡Venid a ver a los mellizos!»

Ana Folguera